

CARA Y CRUZ

Por IGNACIO AGUSTI

la rebelión de los mozalbetes

LEEMOS en una revista italiana que los paladines de la canción ligera se han agrupado en una especie de «mafia» o de clan, asociación de jóvenes talentos dispuestos a establecerse y a consolidarse en la atención pública de acuerdo con unos pactos o bases especialísimas. De igual modo, en Francia, los talentos de la canción, la mayoría de los cuales no alcanzan los veinte años de edad, cierran sus cuadros y se disponen a rendir batalla por un sistema de autodefensa que casi implica un reglamento de filosofía vital. En síntesis, las normas fundamentales de los respectivos clanes son las siguientes:

Primero: la asociación queda abierta a todos, sin distinción de edad, sexo o raza. Segundo: el cantante del clan debe renunciar a cualquier inclinación hacia el «divismo» que pueda destacarle ante sus admiradores, los cuales son a su vez elementos del clan. Tercero: el cantante debe adaptarse a un nuevo espíritu de colaboración con los colegas y, finalmente, cuarto: debe procurar por todos los medios una alianza con los «copains» y con los «teen-agers» americanos.

Los jóvenes cantantes, casi niños, han llegado a la conclusión de su propio auge y de su fuerza, contra los de Montand, Becaud, Edith Piaf o Dalida, considerados por ellos como viejos resabios, como deleznable abuelos. Establecen una especie de código de honor, cuyo rigor ha empezado a comprobar el rubio Johnny Hallyday, el cual está pasando momentos de acerbo desvío de sus incondicionales; las razones de ese desvío no tienen nada que ver con el arte de la canción: son de tipo privado, y entre ellas está la inclinación del cantante por una actriz de cine, con olvido de su prometida, la «copine» Silvia Vartan, que goza entre la juventud francesa de una popularidad no inferior a la del varón. Como se ve, las oleadas de popularidad o de impopularidad son, en el género, velocísimas y tumultuosas. Hallyday arriega una situación privilegiada; antes de cumplir los veinte años posee cinco automóviles, tres villas con piscina, cuatro apartamentos, una mina de carbón y un patrimonio no inferior a los cien millones de pesetas. Pero debe cuidar ante sus «hinchas» su prestigio, no sólo artístico, sino humano. Quien vea en los alaridos y exaltaciones de los «fans» sólo un impulso histérico desconoce, por lo visto, una serie de credo existencial de esas turbas menores de edad. Estamos asistiendo a la rebelión de los mozalbetes, a su constitución en estrato social determinadísimo. Está surgiendo la fisonomía ética de los clanes, con características muy peculiares y enrevesadas, difíciles de ser comprendidas por los seres de otra edad. Todo ello es consecuencia del fabuloso auge de la canción y del negocio que la aupó, también peculiar a esta época.

Según las estadísticas, la venta de discos en el mundo ha quintuplicado su cifra en el término de los últimos diez años. Las canciones de los grandes divos de dieciséis a veinte años se editan y venden por millones de ejemplares. Rita Pavone, una niña esmirriada de dieciséis años, por ejemplo, goza hoy de una popularidad y de una fortuna no igualada por la de ningún intelectual o científico de primer rango. Los te-

mas elegidos para sus creaciones deben forzosamente aludir a los temas propios de esta avanzada adolescencia: «Es hora ya de ser mujer» o «Se ha acabado la escuela». El rango de las pasiones, la emoción primeriza, susurrados o vociferados convenientemente, pueden producir millones a los productores y a los creadores. Los clientes infantiles de las casas de discos deben de ser consultados previamente antes del lanzamiento de una nueva pieza. Este es un fenómeno nuevo, incomprensible hace sólo unos pocos años, y que revela una peligrosa y elocuente mixtificación de ciertos valores humanos considerados inmutables por las generaciones precedentes. La oleada es universal; es cosa sabida de que para ella no existen los telones de acero; en la propia URSS pululan los «fans» occidentales y el trasiego de los discos americanos o europeos a través de la frontera que separa dos mundos se produce sin interrupción.

Más que las contingencias financieras o artísticas del suceso, lo que importa destacar es el contenido sociológico del acontecimiento. Al principio la muchedumbre ululante que llenaba las salas de fiesta con espasmos sincopados y que llegaba a destruir los muebles del local, por entusiasmo o por desagrado, era un fenómeno pintoresco de ciertas zonas de juventud mal educada y rebelde. Mas hoy, a través de la televisión y a través de los discos, ese síncope sonoro se ha convertido en un lenguaje universal de los menores de veinte años. Los ritmos de esas piezas son una contracción exacerbada del ruido de la época, hecho con estampidos de motor; y las gargarizaciones de la letra obtienen un efecto convulsivo en gargantas precozmente desgañitadas, en las que se mezcla una plenitud vital y una anticipada madurez y desesperanza. De todo ello se puede concluir fácilmente que la infancia queda proscrita, recortada y disminuida y que los chicos de hoy tienen una prisa increíble por ser adultos antes de tiempo. La

la voz del mar latino

Desde que la canción se ha convertido en un acontecimiento multitudinario se corre el riesgo de traicionar a aquella voz melancólica e intimista que todos llevamos dentro y que era la raíz pegadiza de las tonadas populares. Por ello asistimos con agrado a las convocatorias del Festival de la Canción Mediterránea, porque la localización de ese festejo parece ya una garantía de valores. Sin necesidad de especular con el de las piezas destacadas en este concurso, parece que en las riberas del Mediterráneo debe pervivir la melodía recóndita, eterna y plausible de la canción, en lo que ésta tiene de directa efusión humana. Y ahí podemos saborear la dicción directa del corazón sencillo, al margen de los «best-sellers» editoriales y de los cálculos capaces de imponer una moda como se impone un tóxico a los temperamentos débiles.

La auténtica canción no brota de los reductos del «twist», de las cavas de Saint Germain o

nueva ola consume, día a día, futuros hombres a medio hacer.

Hasta el presente la canción de moda era una efusión más o menos sentimental de gente adulta. En algunas ocasiones de la historia de la canción popular, la letra y el tono de las canciones eran excesivamente desgarradoras, como lamentos exagerados de una experiencia sentimental. Los años del tango fueron alardes jereniácos de prematura vejez. Los «cuplets» han aludido, durante años, a desdichas de amor, para las cuales es indispensable poseer corazones sensiblemente avezados. Pero en los actuales ritmos casi infantiles asoma un abecedario elemental de sentimientos apenas esbozados, los deliquios del primer frenesi, las sorpresas maravillosas, pero insuficientes, de la adolescencia, la mayoría de las veces sin el peso humano del dolor, en los estadios de la simple complacencia erótica. Es un modo de asomarse a la vida absolutamente irreal, que será después contrastado por la madurez. Estos jóvenes y estas muchachas del «twist» están muy lejos de la perplejidad —y de la hondura—, de los sentimientos de aquella pareja de su misma edad que, en pluma de Shakespeare, se llamaron Romeo y Julieta. Al primer embite ya parecen haber perdido el candor, calidad sustancial y obligada de la primera experiencia amorosa. Lejos están también de las efusiones maravillosas de aquella otra pareja que, en pluma de Longus, se llamaron Dafnis y Cloe. En lo hondo de las guturalizaciones y de las melodías hay un cálculo cerebral poco espontáneo y, desde luego, escasamente juvenil. La frase susurrada de cualquier antigua tonada sentimental responde sustancialmente a una verdad que los nuevos ritmos presentan alambicada y descompuesta. Quizá lo más grave en esta cuestión sea, contra lo que parece, que en semejantes simulacros de atracción apenas existe el Eros radiante y espontáneo, motor espléndido de la vida en sus albores.

de las cuevas existencialistas. El Mediterráneo entero está envuelto de voces que surgen sin aspaviento, escondidas en el alma popular. Las canciones deben de conservar un cierto frescor campesino, y la fragancia de las virtudes elementales de la raza y de la tierra. A los alocados ritmos de la moda conviene oponer la perenne efusión, apenas cantada. Este es el éxito de las tonadillas permanentes, que llegan a sugestionarnos en soledad y al margen de los altavoces. En cada recodo de los caminos puede existir una revelación. Y paseando por los países de la ribera acertamos a descubrir, parándonos un instante, voces que son como el eco eterno del sentimiento vivo y ancestral, ajeno al paso del tiempo. Al alud de la discofilia incesante, exacerbada y frenética, es posible oponer la sugestión infinita e inmutable de la voz que aturdió a Ulises, nacida por la noche de las insomnes sirenas de nuestro mar latino.